

Prescindir de la soberbia

Yuriria Iturriaga

En todas las tradiciones culturales, la *soberbia* es un rasgo negativo y condenable de los seres humanos, pero este espacio no bastaría para ejemplificarlo ni someramente, bástenos recordar el más próximo a la cultura de Occidente, donde la falta que amerita la expulsión del paraíso es el *pecado original de la soberbia*, fuente de la que derivan los otros pecados, pues la soberbia parte de la convicción de ser el mejor entre todos al grado de igualarse con la propia Creación, creyendo que se puede modificar mediante el halago para atraer ejércitos a esta causa.

De hecho, tras milenios de condena a la soberbia, en la segunda mitad del siglo XIX el filósofo alemán Nietzsche, afirma que *la soberbia es la virtud de los hombres superiores*, una virtud que *implica honestidad absoluta consigo mismos para una autosuperación constante que no se esconde ante los otros, sino se exhibe*. Pensamiento que corresponde al contexto histórico del clímax del colonialismo capitalista, el progreso de las ciencias y la industrialización *a toda máquina* en el occidente europeo. Cuando las religiones de Oriente y los cuerpos éticos de las culturas calificadas entonces de primitivas, consideraban aún a la soberbia individual un rasgo antisocial opuesto a la armonía colectiva, que aportan la solidaridad, la empatía y la humildad en las relaciones humanas, como parte de la armonía insuperable de la Naturaleza, o la Creación o Dios.

En el polo opuesto, representado por Occidente, el ser humano se iba volviendo superior a una naturaleza que aún percibe como un freno, un obstáculo a superar para obtener la realización plena, pero no de lo humano, sino de *ciertos seres humanos superiores*, a los que, desde el desarrollo de las ciencias positivas hasta las artes parece dar la razón una evolución inducida, hasta la locura del armamento nuclear. Y, en lo que se refiere a la actividad productiva para conservar la salud y la energía humanas, la investigación y la aplicación de resultados se concentran en la satisfacción de ciertas capas de las poblaciones y en una actividad comercial, no de intercambio justo, sino basada en la ganancia para unos pocos. Así, la soberbia es premiada con la acumulación de riquezas en unas pocas manos sin asomo de remordimientos.

Ya desde antes (en esta columna se ha planteado el proceso histórico de los monocultivos) el *desarrollo de la humanidad en Occidente* se sustenta en modificar la naturaleza así sea brutalmente, en principio para satisfacer las necesidades

básicas, pero después para engrandecer el poder, económico, político, militar de unos sobre otros, considerados también humanos o no.

Desde que los pueblos de los trigos modificaron la naturaleza para facilitar la agricultura de estos cereales, rompiendo la simbiosis de plantas que crecían juntas, se construyeron como semidioses, desarrollaron una tecnología admirable, es cierto, pero se desviaron del poder resolver problemas al poder absoluto sobre el medio, al grado de considerarlo enemigo y dedicarse a destruirlo. Lo grave es que hayan impuesto los métodos aptos para su propia supervivencia en la cuarta parte del globo, a las otras tres cuartas partes que vivían satisfactoria y humildemente de los policultivos del arroz, el maíz y los tubérculos. Pero ya es tiempo de recuperar nuestra historia con firmeza y humildad ante Natura.

La jornada, domingo, agosto 2 de 2020.

La crisis de la presencia

Ilán Semo

¿Qué sucede cuando a una sociedad se le sustrae el principio básico que la instituye? **Antes de hablar, de pensar o de trabajar, tocamos –nos tocamos.** El tacto **es el sentido primordial con el que nos asomamos al mundo** y el mundo se asoma en nosotros. El con/tacto es la manera esencial de percibir al otro/los otros. Esencial significa aquí sin mediaciones, de manera directa, inmediata. A los seres y los objetos los definimos a través de palabras y nos vienen a la mente en tanto que imágenes. Pero cobran su presencia más íntima sólo cuando forman parte de nuestro mundo a la mano. Basta con observar a una madre y su hijito. A una nieta jalando el vestido de la abuela. O tener en las manos el libro que siempre releemos. ***El smartphone, que ha puesto fin a una parte mayoritaria de esta experiencia íntima, más que un objeto –es decir, algo que nos objeta– se ha transformado en una prolongación del cuerpo; en la práctica, casi en otro órgano, como los pies o las manos.*** Hay gente que prefiere pasar hambre antes que quedarse sin datos.

El tacto es la sustancia de Eros, que en griego "también" significa el impulso creativo y el orden primordial de las cosas. Hay un tacto visual, cuando entramos en con/tacto con la mirada. Hay gente que nos intimida de tan sola verla. Y hay también un tacto auditivo, cuando ciertas palabras o *rolas* nos retrotraen a una presencia.

El mundo a la mano es –¿o era hasta hoy?– inconcebible sin esta intimación constante. Pensemos tan sólo en el lugar del trabajo, en el bar, la casa, el Metro, el simple andar por la calle. **Hoy conocemos la desolación que significan calles deshabitadas durante semanas y semanas. Calles sin/tacto.** Ni hablar de los espectáculos. O de las prácticas que dan vida a la *polis*: el parlamento, la asamblea, el mitin, la manifestación... Cuerpos que se encuentran, sin cuyo encuentro la *polis* actual deja de existir. Hay policías que temen hoy detener a los maleantes, no por su respuesta violenta, sino por miedo a infectarse.

En el tacto reside el material de la presencia. No me refiero a la antigua idea de la presencia cristiana, sino a ese concepto íntimo y explosivo elaborado por Hans Ulrich Gumbrecht. Presencia entendida como afectación inmediata, como todo aquello que si desaparece produce una ausencia. Ya desde la década de los 90, **con el surgimiento de la computadora personal, da inicio una época que podríamos definir como la crisis de la presencia. Una auténtica descorporalización de las relaciones del ser humano con los otros y su entorno. Es decir, un remplazo de nuestra más elemental experiencia social. Una sociedad de individuos aislados como átomos y conectados entre sí por aquello que los separa: la red.**

La crisis del Covid-19 o, más precisamente, la política de la distancia social y el confinamiento absoluto, han llevado a su cúspide esta nueva forma de vida. Pero la han llevado de la mano de **la formación de un nuevo tipo de poder.** Markus Gabriel lo definió de manera muy precisa recientemente: el poder higienista. **Un poder basado en el convencimiento por parte de la ciudadanía de que el otro representa, básicamente, un foco infeccioso.** Un convencimiento urdido a través de la difusión del miedo más fundamental de todos: el miedo a morir a la vuelta de la esquina. A este proceso, Habermas lo definió con mucha perspicacia como la coronalización del mundo de vida.

En el caso del coronavirus, un miedo con un inevitable sesgo de delirio. Una madre le pide a su hija que le eche un ojito a los frijoles. La hija toma un cuchillo, se saca

un ojo y se lo echa a los frijoles. La segunda está delirando. Es decir, entendió por echale un ojito algo muy distinto a cuida los frijoles; léase, una metáfora. Delirar significa perder la capacidad de metaforizar. A le dice a B: ponte un abrigo porque te vas a morir de frío. Morir de frío sólo significa vas a tener mucho frío. Pero el miedo actual, inducido por los medios de comunicación y la sociedad política, es un miedo sin metáfora. La gente lo cree tal cual, literal. Además, sin fundamento alguno. En la mayoría de las guerras del siglo XX, los estados emplearon la táctica de envolver al enemigo bajo el aura de un foco infeccioso. Rápidamente descubrían que ese miedo llevaba a las tropas al máximo rendimiento.

En el caso del coronavirus, no estamos en una guerra, pero sí frente a la emergencia de un Estado que ha sabido hacerlo suyo como nuevo mecanismo de control. Hay un par de situaciones, en Suecia y Nueva Zelanda, donde se renunció al confinamiento y los resultados acabaron siendo mucho mejores para la población. Por cierto, en esta época de epidemiólogos súbitos, uno de los pocos estudios convincentes es el de Issac Ben, un especialista israelí, que demostró con base en un estudio de las estadísticas en 30 países, que el virus cede casi por completo después de 70 días (de la primera defunción) y desaparece después de 90 días. En México estas fechas corresponderían al 30 de mayo y al 20 de junio, respectivamente.

La jornada, sábado, mayo 2 de 2020.

La escalada militar continúa

Dawn Marie Paley

El 11 de mayo el *Diario Oficial de la Federación* publicó un acuerdo firmado por el presidente Andrés Manuel López Obrador indicando que los militares seguirán en las calles de México hasta marzo de 2024.

Inmediatamente, argumentos en pro y en contra del acuerdo empezaron a circular en redes. Algunos dijeron que no es militarización, otros que sí. Otros dijeron que es parte de la desmilitarización, otros que no.

Claro que entre estas voces hay a veces cinismo, en particular de parte de operadores políticos que en sexenios pasados aplaudieron la militarización, y ahora la rechazan con el fin de acaparar el poder político.

Pero es de suma importancia subrayar que no todos los que nos posicionamos contra la militarización en curso hablamos desde la mezquindad, la mala fe o la derecha.

Alzar la voz en tiempos de guerra nunca ha sido fácil. Pero siempre ha habido personas y colectivos que han expresado su rechazo a la militarización.

Menospreciar las voces disidentes mina la importancia de denunciar la violencia y el terrorismo de estado, sea cual sea el partido de gobierno. En vez de ejercer una presión desde abajo junto con las izquierdas populares, polariza y divide más al país.

En lo que va del sexenio actual, hemos visto grupos pro gobierno protestando en contra de víctimas de violencia y los defensores de territorio, acusándoles de ser traidores. Si antes había una oposición mucho más unida contra la violencia estatal y el despojo, hoy día las víctimas organizadas y los que resisten desde sus territorios o barrios son criminalizados y marginados también por una parte de la izquierda que defiende las acciones del presidente.

Este proceso de polarización se está generando desde el llamado a apoyar a un gobierno que se dice posneoliberal. Pero muchos nos hemos opuesto a cualquier intento de normalizar, legalizar o justificar la militarización, sea quien sea el presidente, y aquí seguimos.

Actualmente, los argumentos que intentan justificar la permanencia de los soldados en las calles son varios: dicen que es temporal; que es un paso hacia la conformación de una Guardia Nacional civil; que es algo que fue aprobado por el Congreso, y que de no tener militares en la calle, México enfrentará un vacío de poder que terminaría por ser aún más sangriento.

Estos argumentos ignoran el hecho de que la militarización del país es lo que ha provocado la grave crisis de seguridad que nos ha llevado a tanta violencia.

La militarización no ha frenado los homicidios o la desaparición forzada en México. De eso tenemos demasiados ejemplos. Uno de ellos es el siguiente: sabemos que

en la mayoría de los lugares donde hubo operativos conjuntos durante el sexenio de Calderón, subió la tasa de homicidio. Los testimonios de sobrevivientes nos enseñan que los militares han estado involucrados en matanzas y desapariciones masivas durante los pasados 15 años, desde Ayotzinapa hasta Tlatlaya, pasando por muchos más acontecimientos que no trascendieron en los medios.

Y la Policía Federal es responsable de una letanía de crímenes, masacres y desapariciones, así como violaciones, extorsiones y amenazas.

Lejos de ser una fuerza civil, la Guardia Nacional hoy está compuesta por militares, miembros de la Policía Federal y de la Policía Naval y Militar, junto con nuevos reclutas.

La Guardia Nacional es una fuerza militar, más de 80 por ciento de sus elementos y 100 por ciento de sus mandos son soldados que provienen de fuerzas armadas e incluso sus nuevos reclutas son formados, capacitados, y hasta contratados por el Ejército, escribe el periodista Arturo Ángel.

Viendo desde la calle o desde nuestras casas, la Guardia Nacional actúa y parece una fuerza militar. Hacen rondines armados, vestidos con camuflaje y con sus caras tapadas. Si no fuera por sus parches con las siglas GN, sería imposible distinguirlos de los soldados comunes y corrientes. Por eso, pretender que un grupo de soldados (el Ejército) subordinados a otro (la Guardia Nacional) no es militarización, es un acto de simulación. Desconoce y contradice la cotidianidad de millones de mexicanos.

A pesar de las buenas intenciones que puedan estar detrás de la insistencia de que México va por buen camino en materia de seguridad, la repetición no hace la verdad. Es un contrasentido decir que extender la presencia de militares en las calles es desmilitarizar. Esta vez, nos dicen, va a ser diferente. Ahora sí, agregan, es la guerra para acabar con todas las guerras. La militarización necesaria para desmilitarizar.

A pesar de que los soldados llevan más de una década en las calles, aquí seguiremos remando a contracorriente, insistiendo que tenemos el derecho a un futuro sin militares en la calle, sean éstos de cualquier índole.

La jornada, domingo, mayo 24 de 2020.

Fondo

León Bendesky

"*La crisis económica ya tocó fondo*", afirmó el gobierno a principios de junio; lo mismo aseguró otra vez al empezar julio. Mientras tanto, el Inegi, en las condiciones adversas de la pandemia, produce indicadores relevantes que dan cuenta de la severidad inocultable de la crisis en materia económica y social.

Este no debería ser un tema de controversia, sobre todo en una crisis de la magnitud que existe hoy en el país. Habría que plantearlo con sustento en las evidencias y actuar todos en consecuencia.

No se puede apelar a conjuntos distintos de datos para afirmar una cuestión empírica, como la relativa a la crisis de la actividad económica, al modo en que se expresa entre distintos grupos de la sociedad y diversas partes del territorio. La composición de la profunda caída del producto, el empleo y la ocupación marcará la forma, el contenido y el tiempo de una eventual recuperación. Será desigual y larga. Eso es inevitable.

El término fondo tiene 32 distintas acepciones en el Diccionario de la Lengua Española. De ellos, dos son especialmente oportunos en este caso. Uno se refiere a una hondura: la profundidad de una cosa; otra: al caudal o conjunto de bienes que posee una persona o comunidad.

La crisis, en efecto, ha provocado una severa hondura en el producto generado, en empleos, ingresos y patrimonio de las familias. De igual manera, el caudal de los recursos y bienes que poseen familias y comunidad ha resentido una merma enorme.

La capacidad de resiliencia social pasa por una dura prueba. Esto no es un asunto de creencias y exaltaciones sobre las virtudes de la sociedad, que las tiene (también vicios); es, en cambio, una cuestión con un gran componente material. La gente se está empobreciendo y ése es el asunto sobre el que hay que apuntar las baterías.

El hecho de que algunas actividades económicas se hayan reanudado sólo de modo limitado, el hecho de que los trabajos informales, que conforman la parte sustancial de cómo se mantiene la mayoría de la gente, se hayan restaurado a una

escala muy inferior y por razones eminentemente de necesidad vital que previene estar confinados, no sostiene la afirmación de que se ha tocado fondo en la crisis.

A esto hay que añadir la evolución de la pandemia, la alta persistencia de los contagios y las muertes y las decisiones de los gobiernos estatales y municipales de cerrar de nuevo la actividad económica.

La inmunidad de rebaño, si es lo que está esperando el gobierno, no es solución. Hay que ver lo que está ocurriendo en muchas partes del mundo con el rebrote de contagios por la prematura apertura de la economía y la politización de un asunto tan trivial como usar cubrebocas.

El secretario Herrera, de Hacienda, dijo hace días que aplicar programas de estímulos a empresas, supongo que incluye también ayudas a desempleados, significaría incurrir en pagos, sólo por intereses, que obligarían al gobierno federal a cancelar los programas sociales prioritarios. Lo que está expresando es que el fisco no tiene fondos suficientes y que repudia toda contratación de deuda en esta emergencia. Fondos sí hay para otros proyectos, y queda así explícita la preferencia política por su destino. Es un gobierno empobrecido en el fondo.

La noción de tocar fondo en materia económica en el marco de esta crisis es extremadamente complicada y sensible. ¿Qué significa tocar fondo si se consideran los negocios pequeños y medianos que ya no existen y que, según el IMSS, son un gran número? Negocios que han mermado el patrimonio de familias o lo han acabado, y con ello su capacidad de reproducción económica.

¿Qué significa tocar fondo para los millones de desempleados y desocupados que deberán conseguir un nuevo trabajo y forma de sustento en condiciones muy duras y que entretanto se están empobreciendo? Y eso, mientras se discuten cuestiones políticas que son ajenas a sus condiciones y necesidades perentorias.

¿Qué significa tocar fondo para los millones de mujeres de este país que son autoempleadas, que tienen negocios frágiles aun cuando las condiciones económicas son más o menos favorables. Negocios que hoy son muy difíciles o de plano imposibles de sostener, con poco o nada para invertir en ellos y muchos que han cerrado ya. De esas ocupaciones precarias se mantenían muchísimas familias.

Tocar fondo no es un concepto mecánico asociado con la ley de la gravedad. Es un fenómeno social grave y delicado que exige una visión muy distinta a la que prevalece hoy en México. Es un asunto que tenderá a quedar desdibujado en los números y en las explicaciones en los que finalmente se quiera y se pueda sostener una versión políticamente útil y conveniente de la pandemia, de la gestión para enfrentarla en términos sanitarios y en cuanto a sus repercusiones económicas y sociales.

En las cuestiones sociales, la narrativa cuenta muchas veces más que la información fidedigna y las evidencias pragmáticas. Esa narrativa ya está en curso e irá mutando, pero el impacto adverso de la crisis económica será muy real, muy desigual y muy duradero.

La jornada, lunes. Julio 27 de 2020.

Oro

León Bendesky

El carácter tan particular de la crisis económica derivada de la pandemia de coronavirus exhibe que cuando la economía se queda sin consumidores se pone de manifiesto que **nada se sostiene sin la gente**. La aseveración (de David Trueba, *El País*, 28/7/20) parece obvia y, sin embargo, enunciarla así de modo directo le confiere una contundencia argumentativa que no debe perderse de vista.

Ahora, no se trata de una caída del gasto total por las razones usuales asociadas con el comportamiento cíclico de la acumulación del capital; las distorsiones que suelen provocar los déficits públicos; los efectos de la inflación que puede desbocarse, o bien los recurrentes excesos financieros que generan crisis.

Lo que ocurre hoy es el desplome de plano del consumo por efecto del confinamiento para enfrentar la pandemia. ¡No hay quién gaste! Las ventas y la producción en sectores enteros de la economía se han derrumbado de tajo. Eso tuvo que compensarse con gasto público, con recursos asignados directamente a las personas y empresas que perdieron sus fuentes de ingreso.

La pandemia y la gestión de los gobiernos ha provocado que ese gasto, enorme en muchos casos: más de 2 billones (*trillions*) de dólares en Estados Unidos hayan sido insuficientes y ahora se debate un nuevo presupuesto de ayudas. Lo mismo ocurre en la Unión Europea.

Por eso hay premura por reabrir la actividad económica y retomar el proceso de ingreso-gasto, pero la cosa no sale bien, pues se provocan rebrotes de contagio y se tiene que dar marcha atrás. Ese dilema está ocurriendo ahora por todas partes, en unas mucho más que en otras, como sucede **en México, donde el reconocimiento oficial explícito de la magnitud de la crisis económica está ausente.**

Esta situación debería provocar un vuelco en el pensamiento acerca del proceso económico y las políticas públicas, o sea, cómo generar ingresos para la población, ganancias para las empresas, crédito para consumir y producir e impuestos para que recaude el gobierno. El arreglo no se va a dar de modo automático y, de cualquier modo, va a tardar mucho tiempo.

Mientras tanto, la caída del nivel de la actividad económica ha sido brutal en el segundo trimestre del año en todas partes. Muchas actividades económicas cambiarán de modo significativo su estructura y muchos participantes desaparecerán. Una de las expresiones de la crisis que provoca profundas distorsiones ocurre en las actividades financieras. Desde hace largo tiempo se extiende como reguero **una creciente especulación** y, a la par, la **mayor concentración de la propiedad y la riqueza.**

La pandemia refuerza su efecto adverso en el mercado, que se hace cada vez más monopolístico y también modifica buena parte de las formas de consumo, de comunicación e interacción social. Esto se advierte, por ejemplo, en el caso de las grandes empresas, en el campo de la tecnología (Amazon, Google, Facebook, Apple) y otras en las que se ha inflado su valor hasta el exceso.

La actividad financiera se distancia de la inversión que crea empleos e ingresos; se aleja de la producción y de la generación de riqueza asociada con mecanismos socialmente eficaces de tipo distributivo.

Los gobiernos en Estados Unidos y Europa están creando dinero a borbotones para incitar la recuperación económica. El precio del crédito es prácticamente cero,

cuando no negativo. El dinero no tiene valor ni poder intrínseco, sólo vale lo que representa: capacidad de compra.

Cada dólar, euro o peso mexicano debería apuntar a que sea usado, en algún lado, para producir una unidad de riqueza mediante la producción. El crédito creado por los bancos debería significar que en algún lugar y de alguna manera un dólar, euro o peso mexicano está en proceso de crear producción; para repetir, riqueza. Pero las finanzas están perdidas en su propio mundo, distanciadas del proceso de generación de riqueza productiva, del proceso que crea recursos que pueden ser distribuidos. En este sentido es una forma de desperdicio social.

La especulación es la reina y cuando ésta misma se convierte en fuente insuficiente de recursos o en un mecanismo con riesgos que se consideran excesivos resurge el atesoramiento. El dinero se puede usar para consumir o ahorrar. El ahorro se entiende como la parte no gastada del ingreso, pero queda disponible para que otros lo gasten o inviertan productivamente.

Cuando el riesgo percibido de las transacciones dinerarias crece en demasía **se recurre al atesoramiento**, sacarlo del circuito productivo. Una forma primordial es tener oro; una indicación de la esencia atávica del valor del metal y lo primitivo de la esencia humana.

Se admite que puede fluctuar mucho su valor, no es fácil deshacerse de él; preferiblemente debería tenerse de modo físico y no mediante un título que ampare la propiedad y esté guardado en alguna bóveda suiza al cuidado de alguien cuya reputación es finalmente desconocida. Eso está ocurriendo ahora de nuevo con el oro, signo de la desconfianza radical en las condiciones económicas y políticas en el mundo.

La jornada, lunes, agosto 3 de 2020.

Descomunicados

Hermann Bellinghausen

Cuando más cerca parecía el mundo de sí mismo, se le atravesaron nuevas y formidables distancias. Curtidos por una larga cuarentena de hasta 80 días, retornamos a un mundo raro y, si fuera posible, más dividido que antes. **Donde**

los besos en la mejilla son sospechosos, las conversaciones un riesgo, los espacios cerrados un manojo de nervios y las multitudes un imperativo categórico que asusta o exalta la adrenalina y se torna apuesta, albur, desafío, desdén, desobediencia. Las calles están llenas pero vacías, las tardes de viernes transcurren pálidas, y las zonas de comida, bebida y recreo, que solían ser las más movidas y atrayentes, languidecen como tienditas de la esquina. Muchos negocios ya no abrieron después de la cuarentena.

Bajo los semáforos en los cruceros, los pedigüeños y los limpiadores de parabrisas se acercan a los coches señalándose la boca con todos los dedos: deme para comer, tengo hambre. Cunden los motivos para volverse asaltante, ladrón, traficante o vendedor *non sancto*.

Los parabrisas y los aparadores separan como nunca. Las ventanas del Metrobús y las peseras revelan grandes acuarios semivacíos, aunque con horas pico más barrocas. Todo el que puede evita el Metro. Se come en la calle, sí, cuánto se come en las banquetas, con cierta avidéz desesperada. Anuncios en las paradas aconsejan y hasta conminan a usar cubrebocas. A diferencia de las primeras semanas, aunque algunos se aferran a llevar la nariz por fuera, ya son pocos los que lo traen de corbata. El que no se va a poner cubrebocas ya ni lo aparenta. Sucede en los tianguis, sucede en bodas y grandes actos de los famosos y poderosos. En los alrededores de cualquier cosa.

Los puentes están rotos. Qué mundo será donde los niños y jóvenes no vayan a la escuela. Piensen eso: la experiencia de ir a la escuela. Los trayectos, los compañeritos, las broncas, los juegos, los amores, la sensación de pertenencia o su contrario ante la hostilidad de los fortachones. Las clases. Los maestros, presencias humanas con mayor margen que los padres y las madres para dar buen ejemplo o bien proporcionar la caricatura de una temporada con fecha de caducidad. Allí donde se conocen los niños y a las niñas, se hacen las amigas y dos o tres camaradas para el resto de la vida.

Adiós a todo eso. Como en una pesadilla del siglo pasado, **hoy las televisoras comerciales serán La Escuela, en una uniformidad fría y bigbroderiana de las clases**. Esto, para paliar la nueva brecha abierta entre la educación pública y la privada por la migración educativa a Internet y las aplicaciones de video, allí donde se cuente con computadoras personales. La escuela en tu comedor o recámara, sin salón, bullicio ni patio allá afuera esperándonos para patear la

pelota, arrancarse los suéteres y compartir papas fritas. Ahora la vida escolar será un trasunto diario de la monolítica Hora Nacional, donde uno oye, pero no escucha, se distrae, adormece o cambia de canal. Prevalecerán los que logren concentrarse.

¿A dónde llevarán ahora las hormonas, la curiosidad y el azar en un mundo donde los menores con acceso a la red, criados en videojuegos, pueden embriagarse de violencia, pornografía, aventuras y caricaturas, pero la esquina de su cuadra les está vedada y en su vieja escuela crece la maleza y reina el polvo? Virtual y presencial son categorías específicas. Hace poco, Marcos Roitman describía aquí en *La Jornada* el erial de las universidades que van en la misma dirección (La universidad pública y presencial agoniza, 4/8/20).

¿Cómo desarrollarán los jóvenes su sentido crítico? ¿Cómo aprenderán a cambiar, entenderse, convencer, llegar a acuerdos o definir incompatibilidades en el espacio de una experiencia real y no transmitida? Los maestros lidian hoy con archivos y formatos; así conocen a sus alumnos, *entes abstractos* que difícilmente cobran forma, a lo más rostros parlantes o pasmados. Las evaluaciones, los comicios y los plebiscitos serán en línea.

En un escenario así, **el espionaje y la represión tienen muchos pretextos y todos los recursos.** Atrapados en redes que no son nuestras, hemos entregado al enemigo nuestros saberes e íntimos secretos. **La educación a distancia se vuelve también una vigilancia.** Nuestra voz, nuestra cara y nuestro expediente están al aire constantemente.

Las relaciones interpersonales abrevan en el espejismo. Se juega solitario con Instagram, Whatsapp, Tik Tok, se cree convivir en Facebook y Zoom. Incluso la soledad, con ser permanente, resulta fugaz. Creemos estar con alguien más, vicariamente transportados en signos predeterminados de gusto o disgusto. Hace poco el historiador escocés Niall Ferguson (*El País*, 1/8/20) advertía: en cinco años olvidaremos como vivíamos en 2019. Los rostros de mucha gente se habrán pixelado. Si ya hoy el cubrebocas oculta las sonrisas (donde todavía las haya). El olor y la piel de los demás serán cosa del pasado. ¿Cómo dice aquel proverbio del infierno de William Blake?: *El que desea y no actúa, cría pestilencia.*

Fuente: La jornada, lunes, agosto 10 de 2020.

El *Home office*

Néstor Martínez Cristo

Durante los últimos días de marzo y los primeros de abril, la emergencia sanitaria irrumpió en México y llevó a que las oficinas se vaciaran y el trabajo, junto con el miedo y la incertidumbre, se mudaran a los domicilios de empleados y patronos.

Sin experiencia ni capacitación previa en la inmensa mayoría de los casos, la necesidad, el empirismo y las computadoras se instalaron de pronto en las mesas de comedores, en cocinas, en recámaras o en los rincones más apropiados de casas y departamentos, donde niños y mascotas permitían al menos un espacio y un tiempo para trabajar.

Así se generalizó en México el trabajo en casa, el *home office* o *teletrabajo*, como le llaman los españoles.

El *Zoom* apareció súbitamente, el anglicismo se volvió de uso común en unos cuantos días y **la utilización de la plataforma de videoconferencias se convirtió en parte de nuestra nueva cotidianidad.**

Apenas en diciembre eran 10 millones las personas en el mundo que hacían uso regular del *Zoom*. A finales de junio –ya inmersos en la emergencia mundial– el promedio diario de usuarios alcanzó 300 millones y se estima que en el transcurso de este mes seremos más de 500 millones.

Ni México, ni los países con un desarrollo similar estaban preparados para el desafío. Antes de la pandemia, siete de cada 10 empresas medianas y grandes de América Latina no consideraba siquiera al *home office* como una opción.

Una encuesta realizada por la firma Búmeran en seis países latinoamericanos, entre ellos México, señala que más de 60 por ciento de los trabajadores o trabajadoras afirman sentirse más productivos y felices laborando en sus hogares. Argumentan indudables ventajas, como el ahorro de tiempo en los traslados en las grandes ciudades y dan un peso invaluable a la posibilidad de laborar cerca de sus seres queridos y compartir con ellos más tiempo del que estaban habituados.

Otra investigación, ésta global, de la empresa Lenovo, señala que 40 por ciento de los empleados encuestados tuvo que **financiar parcial o totalmente sus propias mejoras tecnológicas al inicio del distanciamiento.** Todos ellos se

mantienen por continuar laborando en casa y dicen estar decididos a adquirir nueva tecnología para hacerlo con mayor eficiencia y comodidad.

Los encuestados por Lenovo en México, por ejemplo, declararon haber tenido que gastar más de 5 mil pesos en promedio para actualizar o mejorar la tecnología con la que contaban antes del arribo del Covid-19.

Pero no todos ni todas piensan igual ni lo viven de la misma manera. Hay quienes extrañan la oficina. En las oficinas, sostienen, se generan más ideas y mayores posibilidades para hablar de proyectos y objetivos de grupo.

Otros extrañan la vida comunitaria de la oficina y un tercio de los empleados asevera que el *home office* los obliga a trabajar fuera del horario habitual y más horas que antes.

Para muchas de ellas, en particular para las mujeres de países subdesarrollados – como el nuestro–, la doble jornada en casa les resulta realmente extenuante.

Según diversos sondeos, el trabajo en casa ha conllevado también malestares físicos y psicológicos que antes no se presentaban. Un número importante de los encuestados se quejó del surgimiento de nuevos y mayores problemas, como dolores de cabeza, de espalda y cuello, así como del tan temido insomnio.

Se han roto los horarios, las jornadas se vuelven interminables y eso provoca alteraciones naturales de los ciclos biológicos, así como de las relaciones familiares, señala un estudio reciente de la Facultad de Psicología de la UNAM, el cual agrega: *Hemos percibido también un aumento notable de casos de ansiedad y violencia en los hogares.*

Los expertos recomiendan hacer una vida organizada y contar con el equipamiento adecuado para el trabajo desde casa, pues con ello se reducen molestias o malestares. También sugieren buscar el tiempo para darse recreos o descansos similares al de un día laboral en la oficina, como levantarse con frecuencia para estirar las piernas o simplemente ir por un café.

Para muchos empleados, el confinamiento y el *teletrabajo* les han representado una lamentable pérdida del lugar de trabajo, de lo que llaman una conquista social. Es instalarte, dicen, en una soledad que te aísla de **la cultura del café y la conversación, que vincula y crea lazos afectivos.**

Más allá de preferencias particulares, de la aparición de nuevas dolencias físicas y emocionales o de consideraciones hasta ahora subjetivas sobre si el trabajo en casa nos hace más o menos productivos, lo cierto es que hoy, a cuatro meses del inicio del confinamiento y con una tendencia de contagios que no aminora, en México permanece la recomendación de continuar haciendo el trabajo desde casa.

Hay quienes se aventuran a señalar, supongo que más como deseo que por convicción, que el trabajo en casa llegó para quedarse. Que no habrá vuelta generalizada a las oficinas. Que forma parte ya de la nueva realidad. Que rompió paradigmas.

Yo no lo sé. No podría anticiparlo. En todo caso, se tendrá que legislar primero sobre la materia, **definir con claridad derechos y obligaciones**. Pero de lo que no tengo duda es que el *home office* y las plataformas de videoconferencias, como el *Zoom*, son una experiencia disruptiva en nuestro país. Y de que habrá que acostumbrarse a ellos y adoptarlos... al menos por un buen tiempo.

Fuente: La jornada, jueves, agosto 13 de 2020.

Aprende en casa II: entre el agravio y el entretenimiento

Luis Hernández Navarro

“¡Fuera Televisa! ¡Fuera Televisa!”, gritan enardecidos centenares de maestros en San Cristóbal de las Casas, Chiapas, mientras las camionetas de la televisora ponen pies en polvorosa.

Apenas unas horas antes de ese 2 de octubre de 2013, Manuel Velasco, gobernador del estado, había dado el “claquetazo” para iniciar las grabaciones de la telenovela *Quiero amarte en la antigua Ciudad Real*. La indignada reacción de los docentes contra el monopolio televisivo fue su respuesta espontánea a la campaña de lodo y calumnias orquestada por la televisora en su contra.

Días antes, el 3 de agosto, en la Ciudad de México, los profesores organizaron vallas humanas en los alrededores de las instalaciones de Televisa para impedir el acceso al personal de la empresa, en protesta por el linchamiento en su contra

montado por la televisora. Simultáneamente, otro contingente de docentes se trasladó hasta las oficinas de Tv Azteca y bloqueó la lateral de Periférico Sur para reclamar en contra de la oleada de infundios que la compañía de Ricardo Salinas Pliego desató en contra de los trabajadores de la educación.

Estas dos muestras de descontento magisterial contra las televisoras son apenas pequeñas evidencias de la enorme rabia docente contra los monopolios mediáticos presente en prácticamente todo el país. Nunca cesaron a lo largo de los seis años del sexenio de Enrique Peña Nieto. Siguen vivas y a flor de piel ahora. Fueron (son) la airada respuesta de los profesores de banquillo a una inclemente agresión de la *telecracia* para ofenderlos a ellos y demeritar a la educación pública.

Cada día, durante todo el sexenio de Peña Nieto, en telediarios, *shows* de variedades, barras de opinión y mesas redondas sobre la coyuntura se lanzaron toneladas de basura en contra de los mentores que rechazaban la reforma educativa. Uno tras otro, se divulgaron a través de la televisión montajes periodísticos, reportajes llenos de mentiras, noticias falsas y calumnias contra los dirigentes del movimiento. Casi nunca se les dio a los acusados el derecho de réplica.

Energúmenos comentaristas televisivos emprendieron una cruzada moral contra los maestros democráticos y, señalándolos con índice de fuego, les imputaron las peores felonías. Los acusaron de secuestrar a la niñez y la educación, de mantener en la ignorancia al pueblo de México. Los acusaron de ser vagos irresponsables, culpables del abatimiento de los niveles educativos.

De todo se valió la *telecracia* y sus fundaciones en esta guerra sucia. En plena ofensiva contra el magisterio, en un partido de la liguilla de futbol, los jugadores del equipo Monarcas de Morelia, saltaron al campo de juego con playeras blancas con la imagen de una mano mostrando una tarjeta roja que los árbitros usan para expulsar a los deportistas que cometen graves infracciones, y la leyenda A los malos maestros. Ricardo Salinas Pliego, dueño de Tv Azteca era el propietario del club.

Al profesor Rubén Núñez Ginez, en esos años dirigente del magisterio oaxaqueño, hijo de ejidatarios, con una maestría en desarrollo educativo y más de 30 años de servicio, lo acusaron de poseer un fabuloso guardarropa, integrado por camisas de manta bordada, típicas de Oaxaca, compradas en los mercados populares.

También de poseer una impresionante flotilla de vehículos, que, en la realidad, se reducía a una estaquita Nissan. A pesar de estar gravemente enfermo y ser inocente, lo metieron a un penal de alta seguridad. El 23 de marzo de 2019 falleció, en parte por las secuelas de su encarcelamiento.

Para imponer a sangre y fuego la reforma educativa, además de la estigmatización en su contra, de la persecución policiaca y del encarcelamiento de decenas de profesores, tres maestros democráticos fueron asesinados por las fuerzas del orden en el contexto de los ataques combinados de la *telecracia* y el gobierno de Enrique Peña Nieto. Al maestro jubilado Claudio Castillo, con secuela de poliomelitis, lo mataron a palos policías federales en Acapulco. Al chiapaneco David Gemayel Ruiz, de 21 años, lo arrolló un camión de la policía mientras los uniformados dispersaban con gases lacrimógenos. A Antonio Vivar Díaz, la Policía Federal lo *ejecutó* extrajudicialmente dentro de una iglesia en Tlapa, Guerrero.

Como si ninguno de estos agravios hubiera sucedido, el gobierno federal anunció que los responsables de injuriar, calumniar, deshonrar y linchar a los maestros mexicanos (y a la educación pública) durante seis años serán los encargados de transmitir los contenidos educativos. Los mismos que vilipendiaron al magisterio se convertirán ahora en los encargados de sustituirlos en la enseñanza de niños y jóvenes. Ni una disculpa ofrecieron.

Peor aún, como si se tratara de una broma de mal gusto, Esteban Moctezuma, secretario de Educación, durante 13 años responsable de la Fundación Azteca, le anunció a Adela Micha (no en la conferencia de prensa diaria de Educación y Bienestar) que conductores de televisión acompañaran a maestros para dar clases en pantallas. "Son –se vio obligado a precisar un día después– personas que saben conducir.

Obsesionada desde hace años por encontrar un nicho de mercado en el mundo de la enseñanza, la industria del entretenimiento se acaba de sacar la lotería con *Aprende en casa II*. La 4T ha hecho realidad plena lo que Carlos Monsiváis sugería como una tendencia: **convertir a la televisión en la verdadera Secretaría de Educación Pública.**

Fuente: La jornada, martes, agosto 18 de 2020.

Estado de bienestar

José Blanco

Con las más diversas y antinómicas tesis –como ocurre en una sociedad escindida de modo sin precedente– en todas partes se discute la vuelta a la nueva normalidad. No me refiero a las imperiosas nuevas costumbres de la salubridad pública y de los hábitos de higiene, sino a este mundo nuestro tan desesperadamente necesitado de vastas reformas en todos los ámbitos de la vida social.

El regreso es y será cada vez más una lucha entre los intereses de los capitalistas y los desheredados de la historia, aunque no se trate de dos bloques políticos. Las grandes potencias económicas y militares están ya agudamente contrapuestas en una guerra no tan sorda por la pospandemia.

No obstante, aún en un país tan gravemente dependiente como México, esa pelea internacional está abriendo espacios de oportunidad a decisiones más soberanas. Hoy parece posible avanzar con más determinación en la justicia social. El camino hacia un Estado de bienestar mexicano debe continuar su andadura.

El Estado de bienestar (EB) surgido al término de la Segunda Guerra Mundial fue una forma de gobierno que buscó proteger y promover el bienestar económico y social de los ciudadanos, **mediante el principio de la igualdad de oportunidades, la distribución equitativa de la riqueza y la responsabilidad pública** respecto a las personas impedidas de aprovechar por sí mismas todas las disposiciones de una vida buena. Enorme parte de lo construido, así como sus principios fundantes, fueron demolidos por el orden neoliberal.

Un nuevo EB, en un país como México, tiene que ir sustancialmente más lejos. Es preciso construir una economía mixta en la que el Estado se ocupe de todas las actividades económica y socialmente necesarias no cubiertas por la actividad privada, además de regular esta actividad teniendo como referente las necesidades de todos, sin dejar a nadie varado en la ruta.

En el nuevo mundo resultado de la crisis pandémica y económica, nuevas formas institucionales serán creadas y la correlación internacional de fuerzas se verá sujeta a violentos cambios. Pero una constante será la imparable revolución

tecnológica. Un nuevo EB en México debe hacerse cargo de éste, entre muchos otros temas.

Mientras el mundo discutía sobre el impacto efectivo de esa revolución sobre el mundo del trabajo, millones de empleos se perdían, el trabajo precarizado avanzaba como una ola, y la desigualdad laboral y social aumentaba; en todos lados. Países como México profundizaron como nunca su dualidad productiva: la joya del sector productor de manufacturas de exportación de un lado, y los demás sectores, en el letargo o cerca de él, de otro.

Las cosas no tienen que ser así de necesidad. Un nuevo EB debe tomar decisiones informadas sobre qué sí y qué no en materia de *big data*, inteligencia artificial, *blockchain*, *cloud* y *edge computing*, realidad aumentada, 5G e Internet de las cosas, tecnologías todas montadas en un proceso de innovación continua. En los países desarrollados esas tecnologías exigen elevados niveles de capital y de capacitación, y son una intensa fuerza detrás del crecimiento de la desigualdad desde fines de los años 70. En México recibimos un poco de ese proceso innovador, pero es suficiente para perpetrar deformidades mayores, como nuestra dualidad productiva y su severo impacto en la configuración de la desigualdad.

Ese proceso crea cada vez más empleo en el sector servicios, y cada vez menos en la manufactura. Un nuevo EB debe asegurar alimentación, casa, salud y educación, pero debe también involucrarse a fondo en la educación y en la capacitación tecnológica con un objetivo expreso de empleo en los servicios. El EB tiene como imperativo empeñarse en la construcción de una estructura productiva que tienda a superar el dualismo productivo y tecnológico y en disolver gradualmente la monstruosa brecha educativa.

La estructura productiva y comercial mundial, las tan celebradas cadenas multinacionales *just in time*, un método para mantener inventarios al mínimo posible, donde los proveedores entregan justo lo necesario en el momento necesario, para que el proceso funcione, venían presentando fallas crecientes que la pandemia y las enormes fracturas de la globalización han hundido severamente. Las tecnologías en desarrollo se adaptarán a una nueva globalización por regiones.

Ahora no tengo espacio, pero un flanco indispensable de abordar y trabajar –con aliados internacionales– es el marco comercial y financiero institucional mundial. Las reglitas de las calificadoras sólo sirven a los banqueros: son un atraco. **El libre**

comercio debe dejar espacio a una protección comercial aduanera sin la cual el dualismo productivo y tecnológico es insuperable.

Un EB en México debe construir el futuro redoblando el paso. Desarrollo y adaptación tecnológica, coherentes con el máximo cuidado del medio ambiente y con la justicia social. La 4T debe empezar ya con la Internet gratuita para todos. Lo prometido es deuda.

La revolución tecnológica ha multiplicado con rapidez la creación de la riqueza, pero también ha propiciado que un pequeño grupo domine el mundo a través del conocimiento. Gracias a los grandes descubrimientos, la vida del ser humano se ha transformado. Ahora estamos comunicados a nivel global para intercambiar cualquier producto, investigar, aprender y hablar con familiares y amigos que viven en otros continentes. La distancia ya no se mide en kilómetros, sino en tiempo, y nos conectamos con cualquier persona o empresa ubicadas a miles de kilómetros en cuestión de segundos.

Sin embargo, la concentración de la riqueza en las empresas tecnológicas representa grandes riesgos. Por medio de la información que intercambiamos a través de la red, dejamos una huella que permanece y crece a diario, y a través de esta marca indeleble las empresas saben cómo piensa y actúa cada grupo de la población, cuánto gasta, en qué lo hace y esa información la puede usar en forma directa o compartirla con autoridades o grupos delictivos; es el equivalente al gran hermano que todo lo sabe y lo usa a su favor. [Negocios y empresas. M. Pineda]

Fuente: La jornada, martes, agosto 25 de 2020.

“Pensar es relacionar ideas y producir nuevas ideas”

Inés Dussel. Profesora de Matemática, doctora en Didáctica de la Matemática e investigadora de la Secretaría de Cultura del Sindicato Único de Trabajadores de la Educación (SUTEBA). Patricia Sadovsky reflexiona sobre la enseñanza de las matemáticas desde un contexto más amplio que el dado por el “recorte del aula”.

-¿Cómo pensar hoy la enseñanza de las matemáticas en el contexto del aula, de la escuela, de la cultura? En general la didáctica tendió a centrarse casi exclusivamente en el aula, pero tu perspectiva plantea que no alcanza para pensar en los procesos de transformación de la enseñanza.

-El recorte del aula es necesario. El otro día escribí algo para mi trabajo en SUTEBA, donde decía que se necesita una generosa confluencia de miradas para que las producciones de quienes estudian y también de quienes actúan en la escuela puedan constituir aportes sustantivos a fin de elaborar estrategias de mejora. Es decir, me parece importante que cada uno de los distintos recortes que miran a la escuela pueda seguir desarrollándose, pero hay que entender que ninguno alcanza por sí solo y que es necesario el diálogo entre ellos para pensar las condiciones de transformación y de legitimación de la escuela.

Creo que el “recorte aula” es necesario porque contribuye a desnaturalizar el conocimiento. Y con esto me refiero a dos cosas: la primera es revisar la idea de que la enseñanza de un determinado tema remite a un conjunto de prácticas más o menos predeterminadas. Por el contrario, a propósito de la enseñanza sobre un campo de ideas hay muchísimos recorridos posibles que están condicionados por el tipo de problemas que se proponen para su estudio. Ligar las ideas a los problemas a partir de los cuales se producen dichas ideas es un movimiento necesario de desnaturalización.

La segunda cuestión está en diálogo con la primera, y es que, cuando se habilita a los alumnos, cuando se abre verdaderamente el juego, las estrategias que ellos proponen para abordar una problemática pueden ser diferentes de las que imagina el profesor. Es interesante que pensemos que esas ideas que elaboran los alumnos son constitutivas de aquello que el profesor quiere enseñar. Me gusta ofrecer una imagen: puedo pensar la relación entre el pensamiento del profesor y el de los alumnos como una cuestión de distancias. En ese caso, se trataría de acercar lo más posible a los alumnos a las ideas del profesor. Sin embargo, si pensamos que se trata de sistemas de ideas diferentes, la pregunta por la distancia pierde

sentido. Se trataría, entonces, de concebir la enseñanza como un modo de favorecer el diálogo entre esos sistemas de ideas, de modo que los alumnos transformen sus ideas en la interacción, y en algún sentido que también las transforme el profesor, en la medida en que accede a modos de mirar una cuestión que resultan originales y difíciles de imaginar para él que ya tiene el saber muy elaborado.

En este sentido, el "recorte aula" es fundamental para estudiar los procesos de producción en la clase. Ahora bien, sabemos hace mucho que el modo en que finalmente se desplegará el conocimiento adentro del aula está muy condicionado por la organización de la institución escolar, que a la vez está inserta en la sociedad. Continuando con imágenes geométricas, podríamos decir que no se puede entrar al aula sin pasar por la escuela pero no se habrá recorrido la escuela sin entrar a las aulas. Si las miradas no confluyen, tendremos muchas dificultades para generar una legitimación fortaleciendo **la función central de la escuela, que es la de poner a los jóvenes frente al conocimiento y habilitar que puedan mirar la realidad desde distintos aparatos de ideas.**

*-Entonces, si la pregunta ya no es más, o no debería ser, por la distancia que separa a ese alumno de "mi" conocimiento, **¿cuál sería la pregunta que organiza el trabajo del profesor?** Es claro que no nos da lo mismo qué construyen los alumnos en el espacio del aula. ¿Qué vuelta le das vos en el trabajo con los profesores de matemática?*

-Es muy interesante y muy revelador para los profesores, cuando al escuchar las propuestas de los alumnos pueden **interpretar cuáles son las ideas que sostienen esas propuestas**, más que evaluar si lo que plantean es correcto o erróneo. Un alumno posicionado genuinamente en un vínculo con la problemática que se está planteando en el aula, y cuando digo genuinamente estoy pensando en un alumno con interés en abordarla, con sus ideas puestas al servicio de abordarla, produce ideas sobre las que hay que trabajar, no para que las descarte de plano porque alguien le dijo que son erróneas, sino para **que entienda por qué son inconsistentes**. Pienso en un movimiento que es dejar de pensar las ideas erróneas en primer lugar como erróneas, y concentrarnos en que son ideas. No estoy relativizando el conocimiento, ni estoy diciendo que vale todo y que construyamos nuestra propia matemática dentro del aula. No, nada de eso. Pero cuando pienso en términos de una idea de un alumno y no en términos de un error o de una dificultad, como docente me convoco a que el alumno encuentre la

inconsistencia entre lo que propone y lo que sabe. Ahí el profesor se puede preguntar cuáles son los elementos disponibles en la clase que permiten a los alumnos darse cuenta de la inconsistencia de su propuesta y transformarla. La posibilidad de transformar las ideas de los estudiantes para que entren en contacto con las ideas de la disciplina radica en la oportunidad que tengan los estudiantes de incorporarlas en la discusión en el aula.

-Hablabas de alumnos que se posicionan genuinamente para abordar un problema, que se disponen a trabajar en el aula. ¿Cómo se arma esa "disposición a trabajar"? Ese es un gran problema hoy, sobre todo en las escuelas secundarias.

-Cómo se arma la disposición es una gran pregunta, y puedo aproximar respuestas en pequeña escala, porque a gran escala creo que no está construida esa respuesta. En mi experiencia de trabajo colectivo con profesores de Florencio Varela que hago en el marco de la investigación que llevamos a cabo en SUTEBA, hacemos un trabajo de proyección o de planificación compartida en cuya implementación participa no solo el profesor a cargo del curso sino otros integrantes del grupo que acompañan registrando las clases. En esta planificación nos preguntamos cómo responderán los alumnos a nuestras propuestas, y cómo armamos las propuestas para que las ideas que nos interesa tratar puedan emerger en la interacción en el aula. Es un trabajo de anticipación, de análisis de la potencialidad de lo que estamos planteando. En este sentido los chicos están *presentes* en la discusión, son nuestros interlocutores implícitos en el momento de tomar decisiones. De esta manera se instala un *lazo* entre los problemas que vamos a proponer y los recursos que los alumnos pondrían en juego para resolverlos. Implícitamente, hay dos preguntas básicas que comandan la discusión: ***¿cómo van a hacer esto?, ¿queremos promover que hagan esto?*** Este diálogo imaginario con los alumnos, esta anticipación acerca de sus posibilidades, ayuda a configurar en las cabezas de los profesores *un estudiante que va pudiendo*, un estudiante que se involucra en un recorrido a partir de su participación en los intercambios que se sostienen en el aula, un estudiante capaz de hacer algunas relaciones a partir de las cuales podrá elaborar otras en *el juego de la clase*. Cuando uno hace eso como experto, piensa en un sujeto genérico, pero cuando lo hace con los profesores, ellos piensan en sus alumnos *reales*, cada uno piensa si "*los míos van a poder*" o "*no van a poder*", y empiezan a imaginarse *alumnos que hacen cosas*. Se construye una intencionalidad como parte de ese trabajo colectivo que modifica la posición del docente respecto de sus expectativas y esto interviene de alguna manera en la disposición de los

estudiantes. Otro aspecto que genera buenas condiciones es que **los docentes van a las aulas con compañeros que toman registros, que lo ayudan con los chicos. Y los chicos ven docentes que están haciendo un movimiento para la enseñanza de ellos**, y se disponen de otra manera por ese hecho.

El trabajo colectivo supone un sostén para los profesores y a la vez una exigencia. Es un modo de hacer pública la enseñanza en serio. Y aunque resulta exigente para ellos, los ayuda a construir confianza en el proyecto, una confianza que habilita a los chicos a desplegar lo que piensan. Cuando los chicos quedan habilitados, hay más condiciones para que se dispongan a trabajar, a interesarse en esa propuesta que lleva ese docente. Obviamente, la propuesta debe ser desafiante y posible. Esto no sortea el dramatismo de algunas condiciones muy críticas pero amplía el universo de lo posible mucho más de lo que uno imagina. Como verás, **estoy haciendo hincapié en el trabajo colectivo tanto para pensar la clase como para trabajar dentro de ella**. A esta altura estoy convencida de que concebir la docencia como un trabajo colectivo es un requisito fundamental para generar otra disposición en los alumnos.

*-En ese camino, ¿no hay algo a repensar de la selección curricular? **Hay una pregunta que viene de los chicos que es "y a mí, ¿para qué me sirve?"** que hay que tomarse en serio. Muchas veces los contenidos escolares se piensan más en función del éxito escolar, de seguir en la universidad –cosa que hace sólo un grupo– que en función de otro tipo de cuestiones que tienen que ver con una relevancia para sus vidas, sean las que sean...*

-No es algo que pueda responder contundentemente. Me parece importante pensar en términos de cuál es para los alumnos la experiencia de producción dentro de un aula: creo que esto es lo más sustancial. No creo que uno tenga que decir que, si es de Ciudad Oculta, un chico necesita aprender funciones, y si es de Mar del Plata, necesita polinomios, por dar cualquier ejemplo. No creo en eso, no estoy de acuerdo. Creo que hay un universal, además de los particulares que alojan a la diversidad, y el universal para mí es una experiencia intelectual sustantiva. Eso es lo que la escuela debería brindar a todos. Uno puede pensar cuáles son las zonas más potentes para que eso se despliegue. Ahí sí hay algo a revisar desde lo curricular, porque se podría seleccionar un programa de trabajo eligiendo aquello dentro de la disciplina que tiene más posibilidades de desplegar una experiencia intelectual sustantiva, y que tiene más posibilidades de entrar en diálogo con problemáticas complejas. Este es un tema pendiente de la escuela:

generar en serio condiciones para que los chicos puedan abordar problemáticas complejas y para que puedan reconocer el trabajo de distintas disciplinas que convergen en la solución de esas problemáticas.

Pero para eso los chicos tienen que saber cosas de esas disciplinas; si no saben cosas, no lo pueden hacer. El tema es cómo se arma este juego entre aprender cosas de la disciplina y aprenderlas abordando problemáticas complejas. Ese juego sigue siendo objeto de indagación, no es sencillo. Muchas veces se simplifican tanto las problemáticas que se termina tratando algo banal que no supone aprendizajes nuevos para los alumnos.

Ahora bien, para abordar problemáticas complejas se necesitan espacios institucionales distintos de los que hay hoy en las escuelas. La formación de profesores sigue siendo estrictamente disciplinar, y uno puede ver que, desde la formación, los profesores no están en condiciones de enfrentar en el aula el uso de la matemática en problemáticas relativamente complejas y que involucran a otras disciplinas. Si no se asoman a eso en la formación, es mucho lo que les queda para indagar cuando ya están en la institución escolar.

-Hablando de la formación docente, desde mi perspectiva hay un problema en los últimos años que tiene que ver con un énfasis fuerte en la didáctica de los procesos, y parece que los contenidos o los resultados no importan porque son "productos". Uno lo ve en las aulas en un rebote complicado: los chicos se apropian de eso que decimos los docentes, y entonces, en su negociación cotidiana, te dicen que no importa que hayan hecho mal la cuenta porque lo que importa es el proceso, entendido incluso a veces como el procedimiento mecánico.

-Creo que son contradicciones falsas la del proceso-resultado o la de teoría-aplicación. Creo que, obviamente, interesa el recorrido, interesan las condiciones de producción, e interesa que un alumno esté en condiciones de validar lo que hace y que, si está mal, lo pueda corregir. Se necesita también que los alumnos estén en condiciones de poner a prueba lo que aprenden. Si hay un proceso que no se concreta en poder resolver, se puede apreciar poco la potencia del conocimiento, y creo que una de las cosas que hay que fortalecer es esa: que **el conocimiento sirve para resolver cosas, para pensar cosas, para poder contrastar soluciones y alternativas.**

Vuelvo a la pregunta de "a mí para qué me sirve". Podríamos decir que un alumno que, inmerso en una maraña de discusión, no logra, como producto de su

experiencia educativa, identificar cosas y procesos, ese alumno participó de un proceso pero no necesariamente queda habilitado para reutilizar lo que aprendió o para tener un vínculo con el conocimiento sustentable más allá de la escuela. Ahí veo un problema. En la escuela habría que poder generar una experiencia que le permita a un alumno decir “esto no lo sabía y ahora lo sé, y sabiendo esto que aprendí puedo resolver esto otro que antes no sabía resolver”. Eso les permitiría a los jóvenes construir la idea de que uno puede ir elaborando recursos para abordar las cosas. Esa es una idea que está invisible en los pibes, hoy. Una pregunta fundamental para los que de una u otra manera intervenimos en la enseñanza debería ser: cómo hacer para que tengan esa experiencia de la potencia del pensamiento, en el pedazo que la escuela puede, que no es el todo, claro. **Pensar es relacionar ideas y producir nuevas ideas, tener la experiencia de, a partir de ideas, producir ideas.** Lo que nos tiene que preocupar es cómo hacemos para que eso pase en las aulas.

2 de julio de 2014

Fuente: Iberoaméricadivulga

Recuperado desde: www.oei.es/historico/divulgacioncientifica/

De sucursal a cajero automático. Aprende en casa

Martin López Calva

[Fragmento]

Hoy quiero ocuparme de las consecuencias pedagógicas de esta decisión de asumir que el nuevo ciclo escolar dependa casi exclusivamente de la televisión y los libros de texto, dejando de lado y en un papel marginal a los profesores y profesoras.

Reitero que no se trata de asumir las posturas simplistas que echan la culpa de todas nuestras carencias educativas y culturales a la televisión –simbolizado en el sobrenombre de “caja idiota” con el que los puristas y los afiliados a la corrección política suelen referirse a ella para descalificarla- ni tampoco de quejarse a priori de los conductores de los canales que van a participar en los programas dedicados a la transmisión de contenidos de las distintas asignaturas y niveles.

El problema de fondo me parece que es distinto y se encuentra en esta frase que tomo de la participación del Dr. Manuel Gil Antón, que uso como epígrafe hoy: **el**

del dilema entre el control para la escuela en casa o la creatividad para el aprendizaje en casa, en el que la SEP tomó claramente la primera opción.

Como ya lo he dicho en muchas ocasiones,... **tenemos un sistema educativo** de muy baja complejidad, un **sistema piramidal, altamente centralizado, sustentado en la desconfianza y el control, que está casi totalmente cerrado a la crítica, la innovación y la diversidad y pretende homogeneizar absolutamente todos los procesos, actividades y evidencias a pesar de las enormes diferencias que caracterizan las realidades escolares de nuestro país.**

Precisamente por esta baja complejidad, que como ya he escrito también se reforzó con el retroceso que implicó organizacionalmente la (contra)reforma educativa del 2019, **la decisión de la autoridad educativa mexicana fue la de buscar a toda costa que la sociedad percibiera que la escuela va a volver a funcionar “como siempre” –aunque siempre haya funcionado mal- y que se van a cubrir absolutamente todos los programas y los contenidos de cada nivel y año escolar.**

La prioridad es entonces la escolarización y no el aprendizaje, lo central son los contenidos, no el desarrollo de las habilidades y competencias necesarias para que los niños, niñas, adolescentes y jóvenes del país lleguen a construir una vida personal y ciudadana que les permita realizarse y aportar elementos significativos para la transformación del país.

Se trata de la vieja “Educación bancaria” que cuestionaba Freire desde finales de los años sesenta del siglo pasado y que desafortunadamente y por lo que se ve, no ha sido superada. Esa educación en la que el estudiante es un recipiente vacío cuya única opción es recibir los depósitos de información, guardarlos y archivarlos aunque no sean significativos ni aporten nada que pueda servir para su vida. Esa educación en la que el saber, dice el mismo Freire, es “una donación de aquellos que se juzgan sabios a aquellos que se juzgan ignorantes”.

Esta es la concepción educativa que se ha trabajado durante muchos años por dejar atrás pero que ahora vuelve a tomar fuerza al asumirse que lo central es que la escuela siga funcionando como antes y que todos los contenidos de los programas se transmitan –“se impartan” dice el secretario- a través de la televisión

sin contemplar explícitamente ninguna mediación pedagógica por parte de los docentes.

Una educación bancaria modernizada y tecnologizada en la que pasamos del depósito y retiro en sucursal –las escuelas y aulas físicas- al depósito y retiro a través de cajeros automáticos –las pantallas de televisión-.

Fuente: e-consulta. Agosto 17 de 2020.

Recopilado por
Jorge Daniel Alcántara León
Puebla, Pue.
Verano 2020